

INTRODUCCIÓN

La escuela de la vida

Tanto Bill Gates como Steve Jobs podrían considerarse fracasos académicos. Ambos salieron de la universidad sin haber logrado un título y, sin embargo, años más tarde varias universidades les llamaron para que fueran a hablar a sus alumnos. ¿Cómo se explica esto? ¿Qué había sucedido para que así fuera? En esta introducción se explica qué son los *commencement addresses* y por qué este libro merece la pena.

LES FALTA PASIÓN

A efectos mediáticos, los últimos años no han sido del todo buenos para la imagen del estamento docente.

Por un lado, entre los distintos cables diplomáticos que WikiLeaks hizo públicos en 2010 había uno referente a un multimillonario británico disléxico. Este hombre, que fundó una de las mayores discográficas de mundo —Virgin Records—, se llama Richard Branson y posee un imperio que abarca desde la edición de cómics a los teléfonos móviles, pasando por los viajes espaciales y los combustibles. Sale en la tele con frecuencia y tiene en su haber varios récords mundiales.

Branson se vio envuelto en el asunto WikiLeaks por una crítica negativa a la enseñanza universitaria británica. Un par de años antes un diplomático estadounidense le había oído decir en China que el sistema educativo inglés no preparaba a sus alumnos para el mundo real. Es más, su diagnóstico negativo sobre los universitarios británicos que emprendían una carrera profesional era contundente, no de-

jaba lugar a dudas: «Están demasiado preparados, son demasiado conservadores, les falta pasión emprendedora y tienen demasiado miedo de fracasar en el intento».¹

No es su caso. Branson no fue a la universidad ni ha dejado jamás que el miedo le paralice: fundó su primera empresa antes de cumplir los dieciocho años y recuerda a quien quiera oírlo que el motivo por el que su imperio se llama Virgin es porque cuando lo echó a andar tanto él como sus colaboradores carecían de experiencia..., eran «vírgenes» en temas de negocios.

En 2010, Branson no fue el único en cargar contra la universidad. Y si no, que se lo pregunten a Peter Thiel.

Cofundador de PayPal, miembro del consejo de administración de Facebook y uno de los 400 estadounidenses más ricos según la revista *Forbes*, con una fortuna estimada en unos mil trescientos millones de dólares, Peter Thiel creó en 2010 la Thiel Foundation, cuyo objetivo es ayudar a jóvenes emprendedores. Durante dos años la Thiel Foundation financia con cien mil dólares a veinte personas que cumplan los siguientes requisitos: deben tener menos de veinte años, estar dispuestos a montar su propia empresa, poseer espíritu emprendedor y... no tener el menor reparo en renunciar a la universidad.

A diferencia de Branson, Thiel posee un título por la Universidad de Stanford. Tal vez por ello sus críticas van encaminadas a denunciar los precios abusivos de las universidades anglosajonas, que dejan a los alumnos endeudados hasta las cejas. Además, Thiel nos recuerda que en ocasiones un título no basta para conseguir el empleo ansiado.

¿NADA QUE ENSEÑAR?

Sin embargo, tanto Branson como Thiel parecen avisarnos indirectamente de algo más, algo para lo que la lengua inglesa cuenta con un refrán atribuido a veces a George Bernard Shaw. Ese refrán reza así: «*People who can't do, teach*».

O lo que es lo mismo: «Quien sabe, lo hace. Quien no lo sabe, enseña».

Branson y Thiel parecen decirnos: «Yo, que llevo décadas midiéndome los cuartos, sé que no basta con aprender la teoría. Porque hace falta algo más: experiencia. Por mucha labia que tenga, por muchos datos que os dé, por mucho que se crezca en el aula, ninguno de esos profesores que os sacan los cuartos a cambio de un pedazo de papel con membrete posee una trayectoria profesional comparable a la mía, y dudo que muchos de ellos sobrevivieran ahí fuera, de intentarlo en el mundo real. No tienen nada que enseñarme».

Por eso importan estos comentarios. En lo profesional, tanto Branson como Thiel han logrado lo que se propusieron al emprender sus carreras: ambos son ricos, ambos poseen empresas que han innovado en sus respectivos campos y ambos intervienen en asuntos públicos para dejar su impronta. Nos gusten o no sus palabras, estemos o no de acuerdo con ellas, esto es irrefutable. Ambos poseen una experiencia práctica incuestionable y han demostrado que valen. No han fracasado en el intento.

Y no son los únicos.

Wikipedia incluye una entrada dedicada a famosos multimillonarios que jamás acabaron los estudios² que, además de evitarnos la ñoñería de admitir sólo a aquellos con negocios legítimos (Bill Gates y Microsoft, Mark Zuckerberg y Facebook, Amancio Ortega e Inditex), incluye también los nombres de jefes del crimen organizado, como el indio Dawood Ibrahim; capos mafiosos como el mexicano Joaquín Guzmán Loera; reyes del blanqueo de dinero como el también indio Hasan Ali Khan y figuras que ya pertenecen a la Historia, como el magnate del petróleo John D. Rockefeller, el productor cinematográfico Howard Hughes, el marchante de armas saudí Adnan Khashoggi, el capo de la droga Pablo Escobar o el genio de Apple, Steve Jobs.

Todas sus carreras parecen mostrarnos que, como la universidad no suele ser una preparación fiable para la vida real, no pasa nada si nos la saltamos.

Además, está la situación actual de colegios y universidades.

En primer lugar, se oyen voces y más voces que claman por el deterioro de la instrucción universitaria —en España la crítica más común es que ninguna de las universidades españolas se encuentra entre las cien primeras del mundo—, aunque esto parece ser un fenómeno generalizado, pues una sensación similar de decadencia del sistema educativo se da en muchos países de nuestro entorno.

En segundo lugar, el alto índice de paro y la creciente compulsión por acumular estudios de posgrado parecen devaluar cualquier título universitario.

En tercer lugar, los cambios provocados por las nuevas tecnologías y la misma deriva de los tiempos en que vivimos parecen dejar obsoletas muchas disciplinas hasta ahora consideradas relevantes.

Y SIN EMBARGO...

Y sin embargo, a pesar de todas las quejas, a pesar de lo mucho que se la cuestiona, la universidad parece resistir todas las críticas (y adaptarse sin problemas a los nuevos tiempos, como prueba el hecho de que Stanford haya abierto algunas de sus clases a cualquiera que tenga conexión a Internet).³

La universidad entierra a todos sus detractores: la Universidad de Bolonia se fundó en el año 1088 y sigue abierta. Lo mismo sucede con la de Oxford, donde se imparten clases desde el siglo xi; con la de París, abierta un siglo después, o con la de Salamanca, que ostenta el título de universidad desde el año 1253.

E incluso cuando aparece un genio que jamás acabó los estudios podemos, no obstante, observar cómo su paso por las aulas fue crucial para su carrera. Pondré dos ejemplos sabidos.

Uno, Steve Jobs se preciaba de que las clases de caligrafía a las que asistió en Stanford fueron determinantes a la hora de crear el primer Mac («Si nunca me hubiera dejado caer por aquel curso concreto en

la universidad, el Mac jamás habría tenido múltiples tipografías, ni caracteres con espaciado proporcional», dijo). Y dos, ¿puede alguien decirme si Zuckerberg habría montado Facebook, que en principio tenía carácter universitario, de no haberse matriculado en Harvard?

Recordemos además que el listado de universitarios célebres supera con mucho al de famosos sin título. Pensemos, por ejemplo, en un trabajo distinguido, uno de esos empleos que tantos ansían y al que muy pocos acceden, el de presidente de Estados Unidos. ¿Habría llegado Obama a la Casa Blanca sin graduarse en Columbia y en la Escuela de Derecho de Harvard? ¿O George W. Bush, sin graduarse en Yale y en la Escuela de Negocios de Harvard? ¿O Bill Clinton, sin un título por la Universidad de Georgetown? No parece factible.

Dicho de otro modo: a pesar de todas las quejas, a pesar de lo mucho que se la critica, la universidad fue, es y seguirá siendo el paradigma de la sabiduría. Y los títulos universitarios, un argumento claro de aptitud profesional. ¿Necesitamos más pruebas? Vale, daré tres.

Una, el paso por la universidad sigue siendo sinónimo de competencia profesional. Ningún dentista o psicólogo deja de colgar su título en su despacho para ganarse la confianza de quienes ponen sus bocas o sus mentes a su disposición.

Dos, un título universitario sigue siendo sinónimo de honestidad profesional. Cada vez que se descubre que un político se atribuye titulaciones académicas que no posee se arma un revuelo y saltan miles de personas solicitando su dimisión inmediata. En otros países, mentir al respecto de la titulación profesional es un delito.

Y tres, un título universitario sigue siendo sinónimo de prestigio profesional. Por mucho que un buen número de grandes personajes y líderes del mundo actual esquivaran la formación universitaria en sus años mozos, jamás desprecian la menor oportunidad de recibir un título honorífico. E incluso quienes han estudiado quieren otro más. Así, son doctores *honoris causa* cantantes como Bob Dylan, John Bon Jovi o Joaquín Sabina; boxeadores como Mike Tyson, Muhammad

Ali o George Foreman; actores como Pierce Brosnan, Orlando Bloom o Meryl Streep..., y políticos, desde Nelson Mandela a José María Aznar, pasando por Arnold Schwarzenegger.⁴

Tampoco pierden la menor oportunidad de dar charlas, clases o discursos al alumnado, tal como se ve claramente en los *commencement addresses*, o discursos de graduación que imparten siempre que tienen ocasión.

A VECES QUIEN SABE TAMBIÉN ENSEÑA

El *commencement address* es como se llama al discurso típico de las ceremonias de graduación en las universidades estadounidenses. El día en que los estudiantes reciben su título universitario se invita a una figura relevante a dar una pequeña charla, que por lo general no suele durar más de quince minutos.

Un cuarto de hora, el tiempo de tomarse un café con un amigo.

Por «figura relevante» debemos entender el presidente de Estados Unidos, varios directores ejecutivos de multinacionales, periodistas galardonados con el premio Pulitzer, actores de Hollywood, estrellas de rock o científicos que tienen un Nobel. Individuos, en definitiva, que al menos en lo profesional han sabido encauzar su vida de la mejor manera posible. Y también gente que no siempre ha pasado por la universidad, o que, de hacerlo, no obtuvo el título. Son personas que en su día tal vez no las tuvieron todas consigo. Gente que también tuvo miedo de fracasar en el intento y que debió aprender desde la infancia que debería ganárselo todo a pulso.

Son, por tanto, ejemplos perfectos de todo aquello que la vida parece requerir y que la universidad no siempre enseña.

Ellos saben, y también enseñan.

Sin embargo, en sus discursos no hablan sólo de trabajo. Sus palabras tienen que ver con la experiencia vital: con averiguar qué busca uno, cómo lograrlo, cómo superar las dificultades y relacionarse con el

mundo. Cómo ser de utilidad a la sociedad y poner su granito de arena. Cómo ser consecuente con uno mismo. Cómo adivinar cuáles son tus propios valores. Cómo escapar de la autocompasión y ser agradecido.

En ningún momento ofrecen teorías, como las que todo universitario ha podido aprender durante los años de carrera. No, brindan algo distinto: experiencia. La de sus currículos y la de sus vidas.

Y eso, en última instancia, es lo que marca la diferencia entre el discurso universitario y el nuevo mundo al que los licenciados actuales se enfrentan.

CÓMO VIVIR

Dado que no invierten más de un cuarto de hora en hacer estos *commencement addresses*, y que se dirigen a un público joven con mucho que aprender, contraen, además, el compromiso de condensar temas fundamentales de un modo directo, claro y asequible para todos.

Lo que la universidad no enseña reúne sus lecciones en este libro que quiere ser para todos. Es un libro sobre cómo vivir y aprender a morir. Qué rumbo tomar en un mundo cambiante, cómo abrirse a un mercado laboral incierto, cuál es el papel de la familia o cómo relacionarse con un jefe.

Sin creerse superiores a nadie, dos de los autores que se citan, la novelista J. K. Rowling y el cineasta Robert Rodríguez, hoy ricos y famosos, hablan del fracaso, de cómo en su día carecían de medios o mentores, del modo en que insistieron hasta alcanzar el reconocimiento por haber hecho algo en lo que creían.

Otros, como Steve Jobs —hasta su muerte tal vez el empresario más famoso del mundo— o Randy Pausch, un profesor de éxito hoy también difunto, hablaron desde la certeza de que la enfermedad minaría sus vidas con rapidez. Sus palabras nos recuerdan que nuestro tiempo es limitado, por mucho que nos comportemos como si fuéramos a vivir mil años.

Este libro incluye también algunas de las palabras más conocidas de Winston Churchill en uno de sus mensajes a los estudiantes —aunque no universitarios— realizados en 1941, en mitad de la contienda más salvaje y dolorosa que vivió su país: «Nunca, nunca, nunca, nunca hay que rendirse». Lo decía un hombre que apenas un año antes se enfrentaba a un enemigo numérica y tecnológicamente superior y que no pereció en el intento. Paradójicamente, el Dalai Lama, una de las figuras más pacíficas a ojos del gran público, llega a una conclusión idéntica aunque por el camino de la espiritualidad.

Estos grandes personajes no temen enfrentarse a los tópicos. El cómico norteamericano Jon Stewart les recuerda que no hay nada más viejo que considerar que las nuevas generaciones no están preparadas para los retos que les esperan. El poeta ruso Joseph Brodsky les advierte de que la vida nos desconcierta con seis años y con sesenta y seis, y que sólo se aburre quien se cree inmortal.

Asimismo, estos grandes personajes exigen. Piden a los universitarios que reflexionen sobre lo que consideran factible o imposible, les recuerdan que queda mucho por hacer. Steve Ballmer, presidente de Microsoft, les advierte de que de poco sirve sentir pasión por algo si ésta no va acompañada de grandes dosis de tenacidad. El actor Denzel Washington les recuerda que nadie ha logrado nada que merezca la pena sin fracasar previamente en el intento. Y el astrónomo Carl Sagan les recordará que incluso el planeta que habitamos no es sino una minúscula mota de polvo en la Galaxia.

La universalidad de lo que dicen hace que sus palabras sean aptas para todos.

Porque en definitiva sus discursos vienen a ser un listado de todo lo que cualquier persona debe tener presente día tras día.

Porque, con independencia de las habilidades técnicas que cada cual precise en su empleo, los retos vienen a ser los mismos y aprender a afrontarlos nos lleva toda una vida.

UNA ADVERTENCIA PREVIA

Aunque contiene algunas citas, *Lo que la universidad no enseña* no es un libro organizado sobre una larga transcripción de discursos. Tampoco es un ejercicio de *name-dropping*, en el sentido de que el mensaje prima siempre, más allá de quién lo pronuncie. (Dicho de otro modo, es un libro sobre principios y no sobre personalidades, aunque con frecuencia éstas, las personalidades, sirven para transmitir con más fuerza el mensaje.)

El libro se estructura en diez capítulos que tratan cada uno un tema. Para darle mayor interés, los títulos de los diez capítulos conforman una suerte de «Diez mandamientos» que ordenan las ideas principales entresacadas de sus discursos. Sin embargo, debo ser sincero y aclararte algo que seguramente ya sospechas: que si bien he intentado presentar esta información de un modo novedoso, no contiene muchas ideas nuevas.

Hay una razón para ello: cuando se trata de la vida rara vez hay ideas nuevas.

Si eres joven, lo sabes porque llega un día en que gente de todo tipo, personas que tal vez no se conocen entre sí, no dejan de darte la tabarra una y otra vez con las mismas monsergas, como si se hubieran puesto de acuerdo. Si ya no eres joven, lo sabes porque te has pasado media vida intentando diferenciarte lo más posible de tus padres y de todo lo que te decían, para acabar sorprendiéndote por lo mucho que te pareces a ellos y por cómo algunas cosas contra las que antes te rebelabas parecen ahora cobrar sentido.

A mi juicio medirás mejor las ideas de este libro por lo útiles que te resulten, y no por su novedad.

Y aquí cabe apuntar otra cosa: que nada resulta útil hasta que no se pone en práctica. Si no me crees, piensa en por qué se siguen vendiendo libros para hacer dieta o dejar de fumar.

EL CASO DE STEVE JOBS

Introducir «Steve Jobs + Stanford» en Google arroja 31.600.000 resultados. Como tantas otras cosas que tienen que ver con él, su famoso discurso de graduación de 2005 en la Universidad de Stanford se ha convertido en un clásico, seguramente más conocido hoy que el «Tengo un sueño» de Martin Luther King de 1963, que marcó un hito en la conquista de los derechos civiles, o el discurso inaugural de Kennedy de 1961 —«No preguntes lo que tu país puede hacer por ti, sino lo que tú puedes hacer por tu país»—, por citar dos discursos bien conocidos y no muy alejados en el tiempo.

Curiosamente, a diferencia de King o Kennedy, Jobs no fue un político, sino un empresario. Y, si bien habrá quien juzgue que, a su manera, dio también la vida por la causa que defendía, lo cierto es que le mató un cáncer y que su causa era una empresa privada llamada Apple, y no un bien público. Aunque todo esto es en cierto modo irrelevante: la verdad es que por los motivos que sean Jobs se ha convertido en este nuevo siglo en una figura relevante, por no haber dudado en defender una serie de valores y —y aquí sí que hay un vínculo importante con King y Kennedy— por demostrar una coherencia intachable entre sus palabras y sus actos.

De hecho, no creo que sea exagerado sugerir que ese saber aplicar a la vida lo que defendía de palabra es el motivo de la influencia de Jobs y de esos treinta y un millones y medio de páginas web que recogen su famoso discurso de Stanford. Porque, a decir verdad, las ideas que avanza en él no son especialmente nuevas. Jobs contó tres historias en Stanford. La primera tenía que ver con su fugaz paso por la universidad, y en ella relató cómo, a pesar de haber dejado los estudios, tuvo siempre la oportunidad de aprender lo necesario para llevar a cabo lo que deseaba hacer. La segunda tenía que ver con su carrera profesional, y en ella relató cómo el hecho de que le echaran de la empresa que había creado no fue sino un incentivo para convertirse en un mejor profesional. Y la tercera estaba referida a la enfermedad, pues relató cómo

un diagnóstico médico negativo le había cambiado el modo de entender la vida y ayudado a ser consecuente con sus prioridades.

Y, no obstante, esas tres historias que contó bien podrían resumirse en tres refranes, sucintos como los augurios que tantas veces se encuentran en las galletitas de la suerte de los restaurantes chinos:

1) *El que la sigue la consigue* (o cómo abandoné mis estudios y aun así conseguí aprender mucho).

2) *Bien está lo que bien acaba* (o cómo me vino muy bien que me echaran de la empresa que yo mismo había creado para hacerme mejor profesional y empresario).

3) *Aprende a vivir y sabrás morir bien* (o cómo un diagnóstico de cáncer me quitó de la cabeza nociones erróneas sobre lo que es la vida y cómo hay que vivirla).

Traigo a colación esto por algo que apuntaba más arriba y en lo que quiero hacer hincapié: que el mérito de Jobs, como el de tantos otros profesionales que dan discursos de graduación, es el de ser ejemplos reales, de carne y hueso. Ejemplos de la validez de los valores que nos inculcan. Todos podemos brindar ideas, pero algunos poseen además una trayectoria, una experiencia vital que las refrenda. Y eso es lo que marca la diferencia en última instancia. Si en este libro hay algo que a tu juicio suena demasiado bien para ser cierto —o que tal vez juzgues adecuado para decir en voz alta, pero no para aplicarte a ti mismo— recuerda que a ellos les dio resultado.

Hay una última cosa que con toda seguridad tiene que ver con el éxito de su charla y con el hecho de que gracias a Steve Jobs los discursos de graduación hayan adquirido mayor interés para el público.

Se trata de la identificación con el oyente.

A mi juicio, esa identificación entre quien pronuncia el texto y quien lo escucha, proviene del hecho de que Jobs, como tantos otros antes y sobre todo después de él, eligió contar tres historias antes que soltar un sermón, lo que como oyentes nos permite ponernos en su

piel, sentir empatía. Cualquiera que haya leído la biografía de Jobs escrita por Walter Isaacson⁵ sabe que no fue un hombre fácil, que en ocasiones se mostraba despótico, engreído o egoísta, y que —como demuestra el modo en que desoyó a los médicos sobre cómo afrontar su enfermedad— no siempre tomaba decisiones acertadas. De él, como de todos nosotros, no se puede decir que fuera un santo.

Y sin embargo, en junio de 2005, Jobs, que acaba de recibir un diagnóstico médico poco halagüeño y que ya ha cumplido cincuenta años, acepta impartir una charla a unos universitarios. Y, después de que el guionista a quien acude en busca de ayuda para redactar el discurso le deje tirado, opta por contar unas historias sobre su vida. Y añade: «Eso es todo, no es nada del otro mundo, sólo tres historias».

Nos acaba de demostrar que tal vez como empresario, como visionario, como figura pública, esté a miles de kilómetros del común de los mortales, pero como hombre, como individuo, se siente igual a cualquiera de nosotros.

Acaba de revelarnos que, a pesar de vivir vidas distintas (a pesar de que nuestra muerte no saldrá en los periódicos), nuestras experiencias son similares y podemos aprender los unos de los otros.

Y que eso nos convierte en protagonistas de las palabras ajenas.

Porque el mejor modo de leer es hacerlo como si todos los libros del mundo se refiriesen específicamente a ti y a lo que te sucede. Si logras esa identificación con las palabras que vienen a continuación nada te resultará ajeno, tú serás el protagonista (y, para colmo, yo habré cumplido mi objetivo).

Y si ya logras aplicarlo, si de la teoría pasas a la práctica, entonces sabrás de primera mano a qué se refieren todos aquellos que usan expresiones como «la escuela de la vida» o «la universidad de la calle». Porque lo único que quieren decir con eso es que no hay como obtener resultados para confirmar que lo que decimos tiene validez.

En la vida, como en la calle, los resultados mandan, y no sólo a nivel profesional, también en nuestras relaciones personales.

Y, ahora, manos a la obra.